

RECENSIONES

G. Gamer, *Formen römischer Altäre auf der Hispanischen Halbinsel*, «Madrider Beiträge», Band 12, Mainz am Rhein, 1989, IX + 342 págs. +152 láms.

El libro de Gamer viene a cubrir un importante vacío dentro de la investigación arqueológica de nuestro país con el estudio de los altares romanos de Hispania, sólo cubierto hasta el momento en algunas zonas geográficas (Gamer, *M.M.*, 15, 1974; Beltrán, *Las arae de la Baetica*, 1988). De ahí la importancia de contar ahora con un corpus que incluye a toda la Península Ibérica, y que analiza con exhaustivo rigor los tipos documentados en las diferentes regiones peninsulares. Esa amplitud geográfica revaloriza aún más el importante esfuerzo de recopilación del material.

Pero debe tenerse en cuenta un factor determinante a la hora de valorar y utilizar la obra que comentamos, y es el desfase existente entre la fecha de finalización del estudio, 1977 (p. 325), y de su publicación, lo que se traduce de forma lógica en ausencias bibliográficas y de nuevas piezas que han ido saliendo a la luz o han sido «redescubiertas». La puesta en marcha del proyecto de reedición de CIL II ha ocasionado una importante labor de revisión del material epigráfico en las diferentes provincias hispanas, y en estos últimos años nuestro conocimiento sobre el material epigráfico ha avanzado bastante.

Fuera de nuestras fronteras también ha vuelto a despertar el máximo interés el tema del altar romano, con la edición de la serie de obras (por ejemplo, Candida, *Altari e cippi nel Museo Nazionale Romano*, 1979; Boschung, *Antike Grabaltäre aus den Nekropolen Roms*, 1987; Kleiner, *Roman Imperial Funerary Altars with Portraits*, 1987), que han reactivado un campo de investigación que había sufrido un cierto estancamiento, desde los antiguos estudios de principios de siglo de Altmann (*Die römischen Grabaltäre der Kaiserzeit*, 1905) —para los altares funerarios— y de Bowermann (*Roman Sacrificial Altars*, 1913) —para los votivos— o, más recientemente, de Hermann (*Römische Götteraltäre*, 1965). En nuestro país la situación era aún más crítica, en contraposición al relativo interés despertado por otros tipos de soportes epigráficos afines, en concreto la estela funeraria del noroeste hispano (cfr. Bonneville, *Epigraphie Hispanique*, 1984, 117 ss.).

El estudio de Gamer, como se indica en el mismo título, se diferencia de aquellos en que lleva a cabo un análisis exclusivamente formal, y ahí radican sus méritos y algunas de sus carencias, aunque debe tenerse en cuenta la perspectiva historiográfica en que se sitúa. En-

laza con una línea de «enfoque arqueológico» para el estudio de tales monumentos, aunque superando el escollo que a la hora del establecimiento de tipologías había supuesto la consideración en un mismo nivel de los elementos estructurales y los decorativos, como ocurría en las obras citadas, desde la de Altmann hasta incluso las de Hermann o Candida.

El altar, en cuanto soporte de inscripción y, a la vez, en muchos casos, monumento de rica decoración relivaria o al menos de interesantes y variadas soluciones tipológicas, ha tenido un doble tratamiento: por un lado, como inscripción en los repertorios epigráficos y, por otro, como monumento escultórico, en el que el análisis de los relieves se constituía casi en estudio único, en una línea donde la obra de Altmann constituye un paradigma. Esa disociación Arqueología/Epigrafía parece resolverse en los últimos años, dentro de un rico y necesario proceso que une el estudio formal del soporte al estudio de la inscripción y sus aspectos paleográficos, y que incluye además el análisis del «ambiente epigráfico» (a un triple nivel, de elaboración, de uso y, cuando exista, de reutilización del monumento). Es un proceso en el que destaca la figura de Susini (*Epigrafia Romana*, 1982), y para nuestro país el citado Congreso sobre *Epigraphie Hispanique* (Bordeaux, 1982).

La ausencia de un mínimo análisis epigráfico de las inscripciones de los altares hispanos es, a nuestro juicio, la falta más importante en la obra de Gamer, ya que resta a las conclusiones datos de interés para su desarrollo. Las ricas posibilidades que se derivan de un análisis conjunto se demuestran claramente en los capítulos que el autor dedica a los altares de Tarragona (pp. 7 ss. y 100 ss.), donde cuenta con la base del estudio epigráfico de Alföldy (RIT, 1975).

El libro se articula en dos partes: el estudio (con seis capítulos) y el catálogo, amén de índices, dibujos, planos y láminas, que comentaremos al final.

En el cap. 1 (pp. 7-99) se describen las diferentes piezas, según regiones geográficas, y dentro de ellas por provincias, analizando, de forma pormenorizada, los tipos que se documentan, e incidiendo en aquellas piezas más sobresalientes. Especial interés tiene el material de Tarragona, con análisis pormenorizados de los coronamientos, molduraciones, cuerpos y zócalos, concluyendo en la evolución cronológica de las diferentes formas documentadas, dentro de un esquema sin duda modélico.

A diferencia de lo que es habitual, el autor no ha pretendido elaborar una tipología general, quizá por la enorme variedad de formas documentadas, sino que las

conclusiones que hacen referencia a los elementos formales se ordenan de nuevo en función de conjuntos regionales, lo que constituye el cap. 2 (pp. 99-123). Se aprecia en general una influencia de las formas itálicas en la zona costera levantina y el sur hispano, hasta Emérita, en contraposición a los ejemplares documentados en el resto peninsular. En ese territorio son muy abundantes las arae votivas, pero no así las de carácter funerario, ya que de forma usual eran sustituidas por las estelas.

Es de destacar en ambos capítulos el exhaustivo rigor de análisis de los elementos estructurales, y en especial de las molduraciones, por el carácter totalmente novedoso que suponía. Con posterioridad a la elaboración de la obra, salió a la luz el artículo de Bonneville sobre las molduraciones en los soportes epigráficos (*Faventia*, 2, 2, 1980), que Gamer comenta en un Apéndice bibliográfico (pp. 330 ss.). Para Bonneville las diferentes sucesiones de molduras en tales monumentos responden a modas que se suceden en el tiempo, y por tanto de su estudio pueden deducirse conclusiones cronológicas. Aunque el planteamiento parece algo optimista (cfr. Beltrán, *Las arae de la Baetica*, 1988), no cabe duda de que la documentación de las molduraciones se hace necesario dentro del estudio formal del soporte, aunque sólo cuando contemos con un corpus importante de piezas podrá alcanzarse algún resultado, y en todo caso debe considerarse el conjunto de los soportes afines, como arae, pedestales o cipos, ya que todos se elaboraban en los mismos talleres y tenían una estructura semejante. Por ahora las conclusiones más interesantes en la aplicación del análisis de las molduraciones se lograrán sin duda al aplicarse a conjuntos lapidarios de ámbitos cerrados (producción de un taller, inscripciones de una ciudad o un territorio definido, etc.).

En el cap. 3 (pp. 124-133) se analizan una serie de «formas especiales», que se individualizan por su excepcionalidad. En primer lugar, el conjunto de altares monumentales de carácter funerario, con ejemplares en *Egitania* (Idanha-a-Velha), Segobriga, Jaén y sobre todo *Tarraco* y *Barcino*. En realidad constituyen mausoleos con coronamientos de pulvinos, que debieron introducirse en Hispania a partir de los conocidos modelos itálicos, dentro de una corriente que incluiría a otros tipos, como los mausoleos de friso dórico o los turriformes, por ejemplo (Beltrán, *AEspA*, 63, 1990).

En segundo lugar trata los altares cilíndricos, bastante escasos y datados en Hispania por el autor en época augustea y tiberiana. Otro apartado se dedica a coronamientos hechos como piezas aparte, destacando un conjunto de ejemplares portugueses, en torno a Coimbra y Odrihnas. Un apartado más es ocupado por unos altares (sólo un ejemplar de Córdoba y otro de Sintra) en los que el epígrafe se graba en el frente del zócalo, bastante desarrollado, según modelos norítálicos del siglo I d.C. Y cierra el capítulo un análisis más amplio sobre las formas mixtas altar/estela.

En los capítulos 4 (pp. 134-139) y 5 (139-141) se trata brevemente de los altares recuperados, respectivamente, en ambientes sacros y funerarios. La escasez de datos con que se cuenta da idea de la dificultad para la interpretación de estas piezas descontextualizadas.

Por último, en el cap. 6 (pp. 141-168) se relaciona el desarrollo del altar hispano con las peculiaridades y pro-

pia evolución del arte romano en las provincias hispanas, valorando aspectos tan importantes dentro del arte provincial como la denominada «corriente plebeya», en una línea de investigación abierta por García y Bellido y, sobre todo, Balil.

El Catálogo incluye 903 ejemplares, ordenados según provincias actuales. Pero existe algún problema en el criterio de ordenación seguido para piezas que no se conservan en su provincia de origen; a veces se incluyen en la provincia de origen (por ejemplo, en Badajoz BA 66-67, aunque están en el museo de Vich) y en otras ocasiones no (por ejemplo se incluyen en Barcelona, ejemplares de Tarragona, Mérida y Écija = B 50-52).

En la relación a algunas piezas béticas recogidas en el Catálogo conviene hacer breves puntualizaciones:

—CA 7 (p. 215): se conserva ya en el Museo de Cádiz, y ha sido considerada coronamiento de ara mitraica (Beltrán, Loza, *I Congr. El Estrecho de Gibraltar*, 1989).

—CA 14 (p. 217): se conserva en Vejer, y las guirnaldas cuelgan de bucrános que ocupan las esquinas (Beltrán, *Mainake*, 6-7, 1984-85, nº 3).

—CO 13 (p. 224): se ha propuesto su datación a comienzos del s. III d.C., por similitud formal con las arae taurobólicas cordobesas, por lo que la identificación del procónsul dedicante con Arriano de Nicomedia no sería posible (Beltrán, *Mainake*, 10, 1988).

—CO 15 (p. 224): no se trata de un pequeño altar, sino de un fragmento de un altar votivo, también taurobólico, cuya inscripción comienza: Pro S[alute] / Imperatoris. Dom[ini. n(o)stri]...

—H 3 (p. 234): los animales representados bajo la guirnalda son zodiacales (Beltrán, *Baetica*, 9, 1986).

—J 10 (pp. 92 y 236): es bastante discutible su carácter mitraico; debe identificarse como coronamiento de una monumento funerario en forma de altar (Beltrán, *AEspA*, 63, 1990).

—SE 7 (p. 262): su procedencia es emeritense.

—SE 22-24 (pp. 264s.): según el carácter del epígrafe, los dos primeros son pedestales (uno de ellos con patera y urceus, como se documenta en otros pedestales béticos); sólo el tercero podría corresponder a un altar votivo. Pedestal y con un friso de roleos de idéntica disposición a algunos de los muniguenses es el ejemplar de Faro, ALG 4 (Beltrán, *Baetica*, 11, 1988).

—SE 29 (p. 265): la postura del autor de considerar la pieza árula de culto doméstico nos parece la acertada, en contra de la interpretación tradicional como ofrenda a Esculapio.

Tras el Catálogo se sitúan los índices (de divinidades, de lugares, de correspondencia con obras publicadas, en especial repertorios epigráficos, y de procedencia de fotografías); un Apéndice bibliográfico que intenta incorporar las nuevas piezas publicadas desde la elaboración del estudio, pero que es insuficiente; mapas de distribución de piezas y dibujos de perfiles de molduraciones de algunos ejemplares representativos.

El corpus de láminas (152 láms.) es bastante completo y de gran calidad, constituyendo una parte de la obra.

En resumen, pues, un libro esperado y útil, especialmente para quienes estudian estos tipos de soportes monumentales, y que se convierte en básico no sólo para el campo concreto de los altares romanos, sino a nivel más general, pues incorpora una metodología de análisis for-

mal que aún hoy día es bastante inusual, pero que esperamos que se convierta en método habitual.

José Beltrán Fortes
Universidad de Sevilla

González, Julián (ed.): *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*. Ediciones Alfar, Sevilla, 1989, 451 págs., con ilust.

El volumen que reseñamos está integrado por gran parte de las ponencias y comunicaciones presentadas al Simposio que sobre la antigua Urso (Osuna) se celebró en el mes de mayo de 1988, bajo los auspicios de la Fundación Blanco del Excmo. Ayuntamiento de dicha Villa y de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

La obra incluye, en primer término, varios estudios relacionados con aspectos diversos de la famosa *lex Ursonensis* o bronce de Osuna, como el de D. Jonston sobre «The conduct of Trials at Urso», y los de U. Laffi «Le funzione giudiziarie dei senati locali del mondo romano», A.D.E. Lewis, «Ne quis in oppido aedificium detegito», y R. J. A. Talbert, «The decurions of colonia genetiva Iulia in session», a los que hay que añadir los trabajos de A. T. Fear sobre los *apparitores* de Urso, de R. M. Fernández Fernández sobre la reglamentación de los enterramientos e incineración de cadáveres a través de los capítulos 73 y 74 de la Ley, y de M. del Rivero Sierra en el que se aborda la situación jurídica del colectivo femenino de dicha colonia a través de dos temas: la *tutela mulierum* y el proceso de concesión de ciudadanía.

De interés resultan los trabajos de F. Chaves Tristán sobre la ceca de Urso, y de J. González sobre la repercusión de un nuevo epígrafe descubierto en las proximidades de Osuna, en relación a la tribu a la que estaría adscrita la colonia, planteándose por parte del autor la existencia de las tribus *Sergia* y *Galeria*, que corresponderían a dos asentamientos sucesivos debidos a César y Augusto. Igualmente interesante resulta la comunicación de J. M. Campos acerca de la evolución de la estructura espacial y urbana del asentamiento ursaonense desde sus orígenes en el Bronce Final hasta la configuración de la colonia y su posterior desarrollo, concluyéndose cómo el centro neurálgico del emplazamiento prerromano se desplazará hacia el W. en un proceso histórico que «continuará con la mismas características hasta nuestros días, de modo que en época medieval y renacentista la ciudad continuará desplazándose hacia el oeste y aún más lo hará en los siglos siguientes hasta alcanzar las zonas más bajas».

Dentro de este mismo carácter arqueológico se enmarcarán las comunicaciones de R. Atencia y J. Beltrán sobre una serie de fragmentos escultóricos en piedra procedentes de Osuna, así como la de J. A. Pérez, M. Vargas *et alii* sobre asentamientos ibero-turdetanos en el extremo sur oriental de la comarca sevillana, zona que por su especial situación, sujeta a todo tipo de corrientes culturales, desempeña, como bien se indica, un importante papel dentro del panorama general de la arqueología andaluza.

En un sentido ya más general, se inscriben los estu-

dios de A. Balil «De la escultura romano-ibérica a la escultura romano-republicana», y el muy extenso de A. Caballos Rufinos sobre los senadores de origen hispano durante la República, en el que se incluye un catálogo prosopográfico más dos apéndices de personajes hispanos de muy dudosa adscripción al Senado, y de caballeros de origen hispano que no llegaron a ingresar en dicha institución. Cabe, asimismo, destacar las comunicaciones de J. A. Correa acerca del origen de la escritura paleohispánica, y de J. Arce Martínez sobre el testimonio de Estrabón sobre la Bética, y de M. Mayer sobre la obra de Plinio en relación a su descripción del ámbito meridional peninsular, y en la que se pone de manifiesto cómo la *Historia natural* plinia es ante todo una obra literaria y como tal se pliega a las reglas de su género, buscando ante todo variedad y amenidad.

También forman parte de este volumen reseñado, las exposiciones de J. A. Morena López «Relieve ibérico de Torreparedones», I. Rodá «Los primeros magistrados en colonias y municipios de la Hispania Citerior (al norte de Sagunto)», P. Sillières «Les sources littéraires et le reseau routier de l'Hispanie meridionale a l'époque republicaine», y de V. Durán Recio «Muerte de Attius Varus en Munda» en la que su autor viene a corroborar su propuesta de identificación de Munda en el Cerro de las Camorras. A estas comunicaciones hay que añadir los trabajos de M.ª L. Loza y D. Sedeño sobre referencias antiguas de la necrópolis de Osuna, y de J. L. Morilla y J. A. Pérez en relación al repertorio bibliográfico de Urso que se presenta dividido en tres apartados de obras generales, de excavaciones y de estudios de materiales arqueológicos respectivamente.

Finalmente también se incluye y a modo de apéndice, el estudio de J. L. Murga sobre las acciones populares de la *lex coloniae Genetivae Iuliae*, que viene a servir de colofón a esta obra que representa una valiosa aportación, para mejorar el conocimiento, tanto desde un punto de vista jurídico, como histórico y arqueológico, de la que fuera una de las ciudades más notorias de la Turdetania: Urso.

G. Carrasco Serrano

Blázquez Martínez, J.M.: *Nuevos estudios sobre la Romanización*. Madrid. Istmo. 1989. 641 págs. *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*. Madrid. Istmo. 1990. 247 págs. *La Sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella*. Madrid. Real Academia de la Historia. 1990. 87 págs.

Entre los diversos campos de investigación del Prof. Blázquez Martínez tiene un lugar destacado la atención que durante largo tiempo ha prestado a los problemas de la romanización; fruto de ese interés son los dos volúmenes que con ese título, «La Romanización», I y II fueron publicados en 1974 y 1975, respectivamente, habiendo sido objeto de posterior reedición. Como prueba de que el tema no se halla agotado, el autor ha reunido en estos libros el fruto de los sucesivos estudios por él

realizados sobre el tema. En efecto, tanto en *Nuevos estudios sobre la Romanización* (al que en adelante llamaremos *Romanización III*) como en *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio* (en lo sucesivo *Aportaciones*) se recogen un total de veinte trabajos, previamente publicados en Revistas, Actas de Congresos, Homenajes, etc., nacionales y extranjeros, que, convenientemente actualizados, se convierten así en accesibles a un público más amplio, al tiempo que facilita la labor del especialista. El tercero de los libros, *La Sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella* (en adelante *Discurso*) contiene el texto de la alocución pronunciada por el Prof. Blázquez en el acto de recepción pública como Académico de Número de la Real de la Historia.

Debido a la gran cantidad de temas abordados, he preferido elaborar un sucinto esquema que englobe, de acuerdo con la problemática tratada, a los diferentes trabajos. Quede bien entendido que dicho esquema no agota la gran variedad de asuntos que cada uno de los estudios aquí considerados plantea y sugiere.

Los pueblos del norte de la Península:

«¿Romanización o asimilación?»; «Asimilación y resistencia a la romanización entre los pueblos del norte de Hispania»; «Astures y cántabros bajo la administración romana»; «Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias griegas y romanas de la Antigüedad». Todos ellos en *Romanización III*.

En este conjunto de estudios se aborda, ante todo, un nuevo enfoque de la cuestión de la «Romanización», término que el propio autor, a la luz de los recientes avances en el tema, propone sustituir por el de «asimilación». Ciertamente, el norte de Hispania es un lugar adecuado para abordar la cuestión del intercambio cultural entre Roma y los indígenas. Destaca el Prof. Blázquez la cronología del proceso, contemplando tres fases: la conquista (218 a.C.-19 a.C.), el Imperio (19 a.C. - ca. 294 d.C.) y el Bajo Imperio. La observación de que a Roma no le interesa especialmente que las poblaciones al norte del Duero asimilen la cultura romana es relacionada con el interés que los romanos tienen por los recursos, mineros sobre todo, pero también militares, de la región. Es éste el que hará que los indígenas acaben por asumir determinados rasgos culturales romanos, incluyendo la lengua latina, al tiempo que conservan sus propias estructuras (organización en *castella*, *gentilitates*, desarrollo de la hospitalidad y la clientela, etc.) hábilmente utilizadas, en su propio provecho, por Roma. Junto a la visión general del septentrion hispánico, el autor trata de astures y cántabros (organización provincial y conventual, explotación minera, reclutamiento) y de vascones (orígenes del nombre, límites, ciudades y situación jurídica, vías).

El Sur de Hispania:

«El final del mundo ibérico en la Bética»; «La esclavitud en las explotaciones agrícolas de la Hispania romana»; «La epigrafía de Cástulo. Consideraciones históricas»; «Una ciudad bética de agricultores. La Itálica de Adriano». Todos en *Romanización III*.

Tras el estudio de la parte septentrional de la Península, aborda el autor en este otro grupo de trabajos algunos aspectos del sur, empezando por la caracterización

arqueológica del mundo ibérico tardío y cómo se produce su entronque con la presencia romana; ello le lleva a abordar el problema de las informaciones que las fuentes escritas aportan y su eventual reflejo arqueológico. El nuevo orden romano se traduce en la introducción de algunas de las formas de explotación propias del mismo, entre las que se encuentra la esclavitud, y todo el sistema de producción romano, basado en el latifundio. El testimonio más antiguo de la existencia de esclavitud en la Bética viene dado por la inscripción de Paulo Emilio del 189 a.C., aunque no está del todo claro de qué tipo de dependencia se trata en dicho documento. Dos ciudades merecen especial atención, por un lado Cástulo, ciudad de la provincia Tarraconense, en el límite con la Bética, y de la que se presenta aquí un interesante conjunto epigráfico que alude a aspectos económicos (explotación olivarera, emigración de trabajadores para las minas) a obras públicas y a dedicatorias a varios emperadores. Por fin, un recorrido por la arquitectura y urbanismo de la «nueva» Itálica, promovida por uno de sus hijos ilustres, el emperador Adriano. Quizá hubiera que haber actualizado algo más las notas, modificando la referencia de «en prensa» para el volumen *Castulo II*, que fue publicado en 1979, y aludiendo al de *Castulo IV*, referido a la ciudad romana, y publicado en 1984.

La Administración romana en Hispania:

«Estado de la romanización de Hispania bajo César y Augusto»; «Hispania desde el año 138 al 235»; «Conflicto y cambio en Hispania durante el siglo iv». En *Romanización III*.

En este grupo de tres trabajos se puede seguir, aunque de forma algo discontinua, la situación de Hispania en los albores del Imperio, en el período de madurez alto-imperial y en los críticos años del siglo iv; la intención del autor ha sido reunir, posiblemente hasta la exhaustividad, los testimonios que tanto las fuentes escritas como la documentación arqueológica aportan para conocer la estructura político-administrativa de las provincias hispánicas en ese período. Además de ello se abordan cuestiones de economía, sociedad, formas de vida, ciudades, etc., obteniéndose una completa visión de cómo fueron modificándose las condiciones de vida en la Península durante los primeros siglos de nuestra era.

El problema del «limes» en Hispania:

«Rechazo y asimilación de la cultura romana en Hispania (siglos iv y v)»; «El limes de Hispania en los siglos iv y v. Estado de la cuestión. Asentamientos de los laeti o gentiles en el valle del Duero». En *Romanización III*.

La cuestión del rechazo, en buena medida, de las formas de vida romanas por las poblaciones del norte peninsular le da pie al autor para, tras volver sobre el mantenimiento a lo largo de todo el período romano, de formas de vida prerromana por parte de las mismas, referirse a la cuestión de un *limes* interior que protegería de esos individuos a las zonas romanizadas situadas más al sur. Analiza, para ello, tanto los testimonios arqueológicos (las llamadas «necrópolis del Duero») cuanto los escritos (sobre todo la *Notitia Dignitatum*) Se echa de menos una referencia más pormenorizada a la (poco facti-

ble, por otro lado) tesis de J. Arce, expresada de forma amplia en *El último siglo de la España Romana: 284-409*, Madrid, 1982 (con reedición posterior), a un artículo sobre el tema publicado por mí en *Revista de Guimarães*, nº 93, 1983 y al mejor estudio reciente sobre una de estas «necrópolis del Duero», realizado por A. Fuentes, *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas 'necrópolis del Duero'*. Cuenca, 1989.

Sociedad y economía en Hispania durante el Bajo Imperio:

«La presión fiscal en el Bajo Imperio, según los escritores eclesiásticos y sus consecuencias». En *Romanización III*; «Los célebres caballos hispanos del Bajo Imperio». En *Aportaciones*.

Dos aspectos diversos del mundo tardorromano se abordan en ambos trabajos: por un lado, la fiscalidad de la cada vez más gravosa máquina estatal romana, su funcionamiento y la opinión de los escritores cristianos que, una vez alcanzada la conversión del Imperio dejan oír claramente su voz habitualmente denunciando el paulatino deterioro de las condiciones de vida de los más humildes. Frente a esta depauperación, el mundo de los grandes asesores latifundistas aparece en todo su esplendor, representado sobre todo en su afición por los caballos, atestiguada, tanto por las fuentes escritas, convenientemente recogidas por el autor, cuanto por las arqueológicas (mosaicos, atalajes, etc.).

Relaciones entre Hispania y otros ámbitos extrapeninsulares:

«Las relaciones entre Hispania e Italia durante la Antigüedad Tardía»; «La Hispania del Bajo Imperio. Relaciones con Oriente». En *Aportaciones*.

Aunque la cuestión de los vínculos entre la Península y el exterior aparece frecuentemente tratada en todos los estudios aquí reseñados, dedica el autor dos de ellos específicamente a tal asunto; en primer lugar, las relaciones con Italia, ejemplificadas en la presencia de hispanos en la administración itálica, en el comercio, en las relaciones entre aristócratas y, por fin, en los vínculos entre las Iglesias hispana e italiana. En segundo lugar, analiza el Prof. Blázquez el no excesivamente conocido tema de las relaciones con Oriente, no demasiado intensas, pero que no dejan de ser significativas. En San Jerónimo hay referencias a asuntos hispanos y correspondencia con personajes de la Península; se tienen noticias de algunos viajeros a Oriente (Avito de Braga, Melania la Joven, Eteria), así como de hispanos en la administración oriental. A ello hay que añadir ocasionales referencias a relaciones comerciales y la constatación de la existencia de rasgos de procedencia oriental en manifestaciones artísticas y artesanales de la Península.

El Cristianismo y la visión de los autores cristianos: «Prisciliano, introductor del ascetismo en Hispania. Las fuentes. Estudio de la investigación moderna»; «Problemas económicos y sociales en la Vida de Melania la Joven y en la Historia Lausiaca de Palladio»; «La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales».

Los tres en *Aportaciones*. «La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella». *Discurso*.

Dentro del cristianismo hispánico el *affaire* de Prisciliano tiene una importancia trascendental por ser una manifestación gestada y desarrollada en la Península, y cuyas repercusiones quedaron patentes mucho tiempo después de la ejecución del obispo de Avila en el año 386 en Tréveris. El autor analiza con detenimiento el desarrollo de los acontecimientos, con un buen conocimiento de las fuentes, así como de los puntos de vista de los autores modernos, y destaca la vertiente ascética de la enseñanza priscilianista.

En otro orden de cosas, la Vida de Melania, así como la colección de biografías de ascetas conocida como Historia Lausiaca aportan datos valiosísimos sobre el gran desarrollo de la espiritualidad cristiana a partir del siglo IV pero, al tiempo, son fuente de gran importancia para valorar las formas de vida de la aristocracia tardorromana de la que muchos de estos individuos proceden, como es el caso de la propia Melania.

Por fin, cerramos esta revisión con la referencia a los dos trabajos dedicados a la visión de Salviano de Marsella de la sociedad de la segunda mitad del siglo V de nuestra era, ya profundamente afectada por las invasiones bárbaras y por el irrecuperable proceso de descomposición del mundo antiguo. *El De Gubernatione Dei* de Salviano es un inmenso tapiz en el que aparecen representados todos los vicios contemporáneos, desde la rapacidad de las clases altas hasta las faltas de los esclavos, con abundantes informaciones intercaladas sobre algunos de los problemas que afligieron a aquella época de crisis. De Salviano es esa terrible expresión según la cual las gentes preferían vivir libres entre los bárbaros a vivir esclavizados en territorio romano, aunque jurídicamente libres.

Tras este repaso a los temas abordados en los tres libros recensionados, algunas observaciones de conjunto. Aun cuando no cabe duda alguna de la gran erudición puesta de manifiesto en todos y cada uno de los trabajos y, precisamente por ello mismo, no puedo dejar de lamentar la ausencia de índices de materias pormenorizadas que diesen buena cuenta del caudal de información incluido. Igualmente hubiera sido conveniente insertar referencias cruzadas, desde el momento en el que los artículos han sido englobados en obras de conjunto. También habría que haber prestado más atención a la hora de indicar, en las abundantes notas, cuáles de los títulos del propio autor allí citados pueden encontrarse reeditados dentro del mismo libro. Por último, creo que hubiera sido útil para el investigador hacer constar la ficha bibliográfica completa de la publicación en la que originariamente apareció cada uno de los artículos aquí recopilados. La calidad de las ilustraciones, especialmente en *Romanización III*, es manifiestamente mejorable.

Estas pequeñas críticas, sin embargo, no enturbian ni un ápice la calidad científica de los trabajos aquí reunidos, ni el esfuerzo desplegado por el autor, por su colaborador en la tarea de reunir los trabajos, el Prof. Montero, y por el editor, para hacer asequible una muestra representativa de la producción del Prof. Blázquez.

Adolfo J. Domínguez Monedero
Universidad Autónoma de Madrid.

Quesada Sanz, F. *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de «El Cabecico del Tesoro»* (Murcia, España). B.A.R., Int. Series, 502. Oxford. 1989. 2 vols. (XI + 345 p.; II + 302 p.).

* * *

El conocimiento que tradicionalmente se ha poseído de la cultura ibérica ha provenido, en gran medida, de una serie de noticias de los autores clásicos, no siempre correctamente interpretadas y valoradas en su contexto, que en el mejor de los casos aparecían más o menos «decoradas» con la referencia puntual a algún hallazgo arqueológico especialmente afortunado que «confirmaba» lo que ya aquéllos habían afirmado. En esta elaboración presuntamente histórica todo valía, desde la mezcla y confusión entre ámbitos culturales y cronologías hasta la aplicación generalizada de presuntos datos adquiridos. Esta tendencia, afortunadamente, está desapareciendo y hoy día está cada vez más claro que un presupuesto inexcusable para cualquier estudio serio y, por ello mismo, científico, es la indagación sobre nuestras fuentes de información, ya sean éstas de carácter historiográfico o literario, ya arqueológicas. El libro que aquí reseñamos es un buen ejemplo de cómo debe abordarse el estudio de un conjunto tan potencialmente rico en informaciones como es una necrópolis y ello es tanto más destacable si tenemos en cuenta que el conjunto estudiado, la necrópolis de El Cabecico del Tesoro, fue excavado en los años 30 y 40, y sus resultados han permanecido prácticamente inéditos hasta nuestros días, a pesar de la importancia numérica de las tumbas que fueron recuperadas (en torno a las 600). Pero tampoco nos encontramos aquí con una publicación «al uso» de una necrópolis sino, por el contrario, con un estudio que desborda el mero aspecto de inventario de objetos para interesarse por cuestiones tan candentes como la estructura social que dio lugar a tal necrópolis y el tema de la organización militar del mundo ibérico a partir del estudio del armamento que fue depositado en las tumbas de El Cabecico.

La obra se articula en diez capítulos a los que iré haciendo referencia a continuación. El capítulo primero propone la metodología básica que se va a seguir en el transcurso del libro y que consiste básicamente en datar las tumbas de la necrópolis que contienen armas, profundizar en cuestiones relacionadas con el concepto de riqueza, estudiar las combinaciones posibles de ajuares en la necrópolis para tratar de definir un «ajuar-tipo» y ver la relación del mismo con las armas incluidas en las tumbas y, por fin, sistematizar el tipo de armamento presente. A su vez ello aparece integrado en toda una serie de presupuestos teóricos, convenientemente analizados por el autor, referidos a la «Arqueología de la Muerte», que proporcionan sustento metodológico al trabajo a desarrollar, puesto que lo que se va a dirimir es cómo se organiza la guerra en la comunidad a la que corresponde la necrópolis analizada, cómo se refleja esa organización en las armas depositadas en las tumbas y en sus asociaciones, cuál es la eventual relación entre la «riqueza» de una tumba y el armamento en ella contenido, qué hay que entender por «riqueza», qué otros elementos pueden estar interviniendo («valor», «prestigio» ...) y cómo pueden haberse «traducido» en los objetos en-

terados con el difunto, etc.. Para ejemplificar los logros y los riesgos del método, incluye el autor un breve excursus referido al sexo del difunto enterrado en la tumba de la «Dama de Baza».

El segundo capítulo presenta el estado actual de los conocimientos sobre El Cabecico del Tesoro, con la bibliografía referida al mismo, así como a la publicación parcial de algunos de sus materiales. La bibliografía, sucintamente comentada, aparece dispuesta alfabéticamente, aun cuando en mi opinión hubiera sido preferible una ordenación cronológica.

El tercer capítulo incide en el tema de la cronología general de la necrópolis y particular de cada tumba, fundamental a la hora de realizar, tal y como pretende el autor, un análisis diacrónico del armamento y de la guerra. Es digno de mención, por su minuciosidad, el recorrido que hace, tumba por tumba, de todos los objetos susceptibles de ser datados, convenientemente acompañados de la bibliografía fundamental en la que se ofrecen dataciones para los artículos concretos; así se consigue datar un total de 138 tumbas. Ello reafirma la cronología general ya conocida (entre fines del siglo V y mediados del siglo I a.C.), pero y aquí radica la novedad, es posible establecer épocas de mayor concentración de enterramientos y, sobre todo, afirmar que las tumbas con armas aparecen a lo largo de todo el período de utilización de esta zona funeraria. En esta parte de la obra destaca el empleo fundamental de procedimientos informáticos aplicados al análisis estadístico, que facilitan notablemente la labor del investigador y la presentación de los datos; es también loable la minuciosidad del autor y el empleo de diferentes criterios alternativos para mostrar, fuera de dudas, lo acertado de la observación anteriormente mencionada referida a la presencia de armas en todas las fases de la necrópolis. Interesante también la observación de que las tumbas conocidas son posteriores al período de la escultura monumental, puesto que fragmentos escultóricos aparecen ocasionalmente como material reutilizado y de relleno en algunas tumbas, aspecto que el autor ha abordado en otro trabajo (en *BA-EAA*, 1989).

Los capítulos que a continuación siguen, IV y V y uno posterior, el IX, son para quien esto escribe los más importantes de todo el libro. En el primero de ellos se aborda la cuestión de la riqueza y de la jerarquización social; tras señalarse una serie de problemas preliminares (relación riqueza-valor-estatus y quiénes son enterrados en las necrópolis ibéricas) se elabora una lista de objetos que aparecen en la necrópolis y se les asigna un valor numérico comprendido entre 0,25 puntos y 10; esto le servirá para evaluar la «riqueza» de cada una de las tumbas del cementerio de acuerdo con el número de objetos y el valor asignado a cada uno de ellos. Ciertamente este intento de objetivar la riqueza aporta enseñanzas importantes aun cuando ocasionalmente da una cierta impresión de mecanicismo, como si sólo lo material se conjagara a la hora de elaborar un «ajuar» funerario, y se prescindiese del valor simbólico. Por ello acaso no hubiera estado de más introducir alguna variable que, en algún caso, pudiera haber tenido en cuenta ese cierto componente «irracional» que siempre acompaña a la muerte y a su manifestación material, puesto que no siempre tiene por qué haber un reflejo mecánico entre la posición social del difunto o de sus deudos y el número

exacto de vasijas importadas, de objetos metálicos o de armas que se incluyen en la tumba; como se observa en ámbitos griegos coloniales e indígenas, a los que yo me he dedicado con cierta atención (*Colonización griega y mundo funerario indígena en el Mediterráneo occidental*, 1987, *passim*) hay otros elementos, además de los puramente económicos que determinan la selección de los objetos del ajuar, entre comunidades incluso muy próximas geográficamente entre sí y que podemos adscribir, por no incidir más en el tema, a algo tan impreciso como puede ser la «herencia cultural».

Los resultados que se obtienen de la cuantificación de los objetos de la necrópolis son sintetizados en una serie de histogramas que le permiten al autor sugerir que, dentro de una evidente jerarquización en la que hay abundantes tumbas modestas y muy pocas tumbas muy ricas hay una amplia clase «media». El análisis diacrónico le sugiere que hay un lento y poco marcado descenso de riqueza según va avanzando el tiempo lo que es mucho más palpable si pensamos que en el período previo, caracterizado por la aparición de la escultura funeraria monumental, y documentado sólo de forma indirecta en esta necrópolis, los niveles de riqueza debían de ser muy superiores, como indicaría, precisamente, la existencia de dicha escultura. Para ir centrando el tema, concluye el autor que las tumbas que tienen armas son más ricas que las que no las tienen, y que estas últimas no son las que determinan el aumento de la misma. Esto último es sumamente importante puesto que se confirma y demuestra que la tendencia general en la necrópolis es que las armas aparezcan en aquellas tumbas que ya de por sí, por la acumulación de otro tipo de objetos, mostraban un nivel alto. Se plantea muy de pasada el problema de las tumbas femeninas y en relación con el mismo puede estar lo que yo apuntaba anteriormente en relación con los criterios de la selección del ajuar que acaso en el caso de las mujeres siguiera una «lógica» distinta de la que regía para los hombres y que no siempre tiene que coincidir con nuestra lógica; así, y como muestran, por ejemplo, las necrópolis del Valle del Sarno durante la Primera Edad del Hierro, las tumbas femeninas han tenido que identificarse por «exclusión», esto es las que no eran claramente masculinas, por llevar armas, ni claramente de niños, por el tamaño de los huesos: las femeninas incluían vasos de beber propios de las masculinas y objetos de adorno propios de las de niños (Gastaldi, en *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, 1982, pp. 222-240). En cualquier caso, echo en falta en todo el libro un mayor énfasis en las eventuales distorsiones que las eventuales tumbas femeninas pueden plantear en el tema general de la jerarquización. Por fin vuelve a insistir el autor en que el paso del tiempo va haciendo que las distancias económicas vayan tendiendo a borrarse. Esto puede tener una causa económica pero tampoco creo que debamos excluir una motivación social o, incluso, ideológica, puesto que la etapa última de la necrópolis coincide con la época romana que pudo haber tenido alguna incidencia directa en la zona, máxime si consideramos que fue de una de las regiones peninsulares que antes entró en la órbita de Roma.

El capítulo V plantea las combinaciones de objetos; se elabora una tabla de frecuencias de artículos según estén ausentes o presentes en las tumbas y se concluye que el «ajuar-tipo» se compone de una o varias piezas

de cerámica ibérica acompañadas de algún otro objeto, metálico o no. Las armas no formarían parte de ese ajuar-tipo; no se aborda la cuestión de si el mismo admite variantes entre sexos y/o grupos de edad, prescindiendo de niños, a quienes posiblemente se les aplicase un tratamiento diferenciado. Una de las principales conclusiones a que llega el autor en este capítulo es que las armas aparecen como una ampliación del ajuar-tipo y que no son frecuentes en aquellas tumbas en las que no se da tal ajuar y que son de composición más sencilla (y, presumiblemente, más modesta). En relación con este capítulo se encuentra el IX, por lo que aludiré aquí a él; en efecto, en el mismo se trata de las asociaciones de armas, que pretenden definir una «panoplia típica». Para conseguirlo elabora un cuadro de variables binarias (presencia/ausencia) de armas, lo que le lleva a observar que es la falcata el arma que más frecuentemente aparece sola posiblemente, como él mismo sugiere, debido a alguna connotación simbólica, lo que vendría apoyado por la casi generalizada inutilización de la misma. Igualmente observa que aun las tumbas que sólo presentan una simple punta de lanza siguen siendo de riqueza más elevada que las que no tienen armas. Tras analizar todas las combinaciones de armas que aparecen en la necrópolis concluye, y es otro factor interesante, que el tipo de armamento presente implica una forma de lucha sumamente compleja y que no tiene nada que ver con la imagen de la lucha de guerrillas que las fuentes antiguas han transmitido como propia de las poblaciones de la Meseta, ulteriormente atribuida, de modo erróneo al «mundo ibérico», sino que se asemejaría más a la llevada a cabo en otras regiones mediterráneas como el mundo griego o el mundo romano. El análisis previo realizado por el autor me sugiere a mí un experimento parecido, pero utilizando otra documentación, concretamente el pasaje de Tito Livio, I, 43, referido a la reforma serviana, y que puede complementarse con Dionisio de Halicarnaso (*A. R.*, IV, 16-17). Las variables presentes serían: casco, escudo (redondo para el primer grupo y oblongo para el segundo y tercero), grebas, coraza, lanza, espada, venablo y honda. Empleando códigos binarios de presencia(=1)/ausencia(=0) tendríamos para las cinco clases censitarias la siguiente imagen: 1.^a) 11111100; 2.^a) 11101100; 3.^a) 11001100; 4.^a) 00001010; 5.^a) 00000001.

Si tenemos en cuenta que esas cinco clases forman la *classis* o conjunto de individuos que participan en la guerra, posiblemente como infantería pesada las tres primeras y como infantería ligera las dos últimas, y que por debajo de ellos están los *infra classem*, que no llegan al nivel económico mínimo, podremos encontrar cierto paralelismo con la situación que nos está describiendo el autor, tanto desde el punto de vista de la jerarquización social relativamente continua y con escasos «picos» cuanto desde el de la asociación de armas. Como se sabe, todos estos detalles que Livio y Dionisio atribuyen a Servio Tulio en el siglo VI no corresponden a ese momento sino a elaboraciones posteriores, tal vez del siglo III o II a.C. (Ogilvie, *A Commentary on Livy*, I, 1970); en todo caso, se observa una jerarquización social clara y una relación directísima entre nivel económico y disponibilidad de armamento. Otra cuestión sería la de la «traducción» arqueológico-funeraria de esa realidad, para la que el ejemplo romano tampoco es es-

pecialmente clarificador, aunque quizá sí otros ámbitos itálicos como el lucano-samnita, objeto de numerosos estudios recientes como el de Saulnier, *L'armée et la guerre chez les peuples samnites. VII-IV s.*, 1983, o del ya clásico de Salmon, *Samnium and the Samnites*, 1967, cuya consulta podría haberle resultado provechosa al autor. No quiero decir tampoco con ello que los casos ibérico y romano arcaico sean intercambiables, sino tan sólo apuntar las posibilidades que estudios comparativos de este tipo pueden tener y, por otro lado, poner de manifiesto el empleo que puede hacerse de la metodología que propone y desarrolla el autor. En este contexto, quizá algún análisis de la realidad militar del mundo romano más antiguo le hubiera podido ser de utilidad al autor, por ejemplo, el libro de J. Martínez-Pinna, *Los orígenes del ejército romano. Estudio de las formas pre-militares en relación con las estructuras sociales de la Roma más primitiva*, 1981.

Volviendo sobre nuestros pasos, aludiremos ahora al capítulo VI, dedicado a la forma en que se disponen las armas en las tumbas, y en el que se trata de ahondar en cuestiones de tipo ideológico-ritual a partir de la forma en que aparece el armamento. Tras la descripción, escrita y gráfica, de aquellos casos en los que ha sido posible determinar la posición de las armas se definen varios modelos de colocación, en los que no insistiré aunque sólo sea por mi relativo escepticismo a la hora de saber qué valor otorgar a esa variable. Con los capítulos VII y VIII entramos en el estudio detallado de las armas de la necrópolis, agrupadas según función y forma. Se empieza con las armas ofensivas, entre las que tienen un papel muy importante las falcatas, exhaustivamente tratadas, y algunas de las cuales con decoraciones figuradas, entre ellas jabalíes, acerca de cuyo significado funerario puede verse Blázquez, *Imagen y Mito*, 1977, *passim*.

Tras las falcatas siguen espadas rectas, puñales, puntas de lanza, regatones, soliferea, pila, jabalinas, hachas y glandes de honda (sólo 1), dedicándose un apartado a la ausencia de puntas de flecha, ya interpretadas por el autor (en *TP*, 1989) en relación con el tipo de guerra que propone para el mundo ibérico y al que ya se ha aludido anteriormente. Le siguen las armas defensivas, escudos, cascos, corazas y grebas, así como los arreos de caballo. Son los apartados más puramente tipológicos del trabajo, auténtica espina dorsal del mismo y desde mi punto de vista irreprochables.

El capítulo X recoge las conclusiones, amplias, pormenorizadas y siguiendo el esquema general del libro. Los puntos más destacables han ido aflorando a lo largo de la reseña, pero es necesario hacer nuevamente hincapié en la imagen que adquiere la guerra ibérica después de este análisis, y que encaja más con lo que conocemos en el mundo mediterráneo (Grecia, Roma, Etruria, mundo osco-lucano-samnita) que con las tan socorridas bandas de guerrilleros desarrapados que una historiografía no excesivamente pendiente de los hechos ha difundido (y no excluyo de responsabilidad, obviamente, a los autores clásicos como mostré, por ejemplo, en *Lucentum*, 1984), en parte también por la escasez de trabajos de este tipo, que seguramente se multiplicarán a raíz de la publicación de este estudio. Por fin, y merced a este trabajo El Cabecico se integra en el grupo de necrópolis del Sudeste peninsular que en los últimos años están siendo publicadas en todo o en parte, como el Cigarralejo (Cua-

drado, *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo. Mula (Murcia)*, 1987 y Santos, *AEspA*, 1989) o algunas de la provincia de Albacete (Almagro, *MM*, 1983; Blázquez, *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta*, 1990). La obra se completa con una bibliografía selecta, con una traducción al inglés de las conclusiones, con los dibujos de las armas estudiadas y las fotografías de las mejor conservadas y con varios apéndices estadísticos y cuantitativos. En el aspecto formal, lo único que haré será destacar, como ya hizo Graham en cierta reseña (en *Gnomon*, 1987, p. 129) la mayor comodidad que hubiera supuesto disponer de las notas a pie de página en el sitio que por su nombre le corresponden, algo relativamente fácil hoy día merced a los modernos procedimientos informáticos, que por otro lado han sido empleados por el autor en todo el proceso de producción del trabajo.

Es imposible, en el breve espacio de esta reseña, dar cuenta de las numerosas sugerencias que aporta esta obra y que necesariamente han quedado silenciadas en aras de una visión global forzosamente incompleta. Las perspectivas que la obra de Fernando Quesada abren en la investigación no sólo sobre el mundo ibérico, sino sobre las formas de la guerra en el Mediterráneo antiguo y sobre la Arqueología de la Muerte, por no citar más que los temas principales, son inmensas y los caminos abiertos en este trabajo habrán de ser integrados por los investigadores en su quehacer durante los próximos años en la línea en la que, nos consta, el propio autor prosigue sus estudios dentro de un marco aún más amplio.

Adolfo J. Domínguez Monedero
Universidad Autónoma de Madrid

J. A. Paz Peralta, *Cerámica de mesa romana de los siglos III al VI d. C. en la provincia de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1990, 265 páginas ilustradas.

El trabajo que tenemos ocasión de comentar cubre un importante vacío, tanto geográfico como temático, dado que las cerámicas romanas del Medio y el Bajo Imperio del valle medio del Ebro eran hasta ahora prácticamente desconocidas. El estudio de Juan Paz, que constituye su tesis doctoral, pese al título de la obra, no se limita tan sólo al análisis de las cerámicas finas tardorromanas halladas en la provincia de Zaragoza, dado que incluye un estudio de primera categoría sobre la sigillata hispánica tardía, que resulta imprescindible para cualquier estudio del tema.

Un aspecto que confiere un importante valor cronológico a los materiales analizados por el Dr. Paz lo constituye el hecho de que buena parte de los mismos han sido localizados en estratigrafías fiables; el estudio de estas estratigrafías constituye una parte importante de este libro. Es digna de resaltar la constatación de estratos de destrucción de finales del siglo III en Borja y Tarazona, cuya valoración histórica es problemática, pero que constituyen datos de interés a tener en cuenta, para tratar de precisar la fecha concreta y (lo que es ya más problemático) la naturaleza y las causas de estas des-

trucciones, que por el momento se limitan a dos casos concretos, pero significativos.

La ausencia de estratigrafías situables en la primera mitad del siglo VI constituye un problema que afecta a la mayoría de los yacimientos de la Península. Durante la segunda mitad de este siglo sí que se han detectado diversos contextos estratigráficos (sobre todo en Zaragoza), así como del siglo V. Como indica Paz, la carencia de hallazgos monetarios dificulta grandemente la datación de los contextos de los siglos V y VI; sin embargo, para el valle medio del Ebro contamos con un valioso elemento arqueológico del que carecen otros yacimientos del interior peninsular, es decir, las sigillatas africanas, que en *Caesaraugusta* y en otros yacimientos, sino también de la sigillata hispánica tardía, que se encuentra en gran abundancia en el valle medio del Ebro, así como en los yacimientos del interior peninsular; precisamente, estas cerámicas presentaban un importante problema de datación, al no poder, en la mayoría de los casos, contrastarla con la de otras cerámicas o elementos arqueológicos, y debido a la poca entidad de los hallazgos monetarios a partir del siglo V.

Precisamente el estudio de la sigillata hispánica tardía constituye la parte más importante del libro, puesto que corresponde a los materiales más abundantemente documentados y en la que los estudios de Juan Paz son más novedosos. Como hemos indicado antes, la abundancia de sigillatas africanas en el valle medio del Ebro y, principalmente, en *Caesaraugusta* permite contrastar la cronología de las mismas con las sigillatas hispánicas tardías halladas en los mismos estratos. Esto ha permitido a Juan Paz fechar la aparición de la forma Draggendorff 37 de la sigillata hispánica tardía en la segunda mitad del siglo IV, así como la concurrencia de los denominados Primer y Segundo Estilo decorativos de estas cerámicas en dicha fecha; asimismo, se constata que el Segundo Estilo es minoritario en sus momentos iniciales de la segunda mitad del siglo VI, mientras que en el siglo V es mucho más abundante que el Primer Estilo.

Por otro lado, la constatación de ejemplares de sigillata hispánica tardía en estratos datables en la segunda mitad del siglo V o inicios del VI d. de J. C. (como el de Gavín y Sepulcro, en Zaragoza) y su rareza en niveles de mediados del siglo VI y del VII d. de J. C. permiten situar la cronología final de la sigillata hispánica tardía a inicios del siglo VI. En estos aspectos cronológicos, pues, el estudio de Juan Paz es básico, y supera ampliamente, en sus repercusiones, el marco geográfico en el que principio se centra el estudio.

Otro aspecto poco conocido hasta el momento (pese a algunos intentos, como los de Mayet y Picón) es de los centros de fabricación de la sigillata hispánica tardía. En este tema, el estudio de Juan Paz es también de gran importancia y abarca un marco geográfico mucho mayor que el de la provincia de Zaragoza. En base a las características físicas de las piezas, y a partir del análisis macroscópico de las mismas (lo que, aunque no aporta la precisión de los análisis de laboratorio, sí que constituye un método de aproximación válido y que ha sido utilizado con éxito para las producciones africanas), Paz distingue dos conjuntos, que denomina A y B, dentro de los cuales establece diversos grupos, que numera correlativamente. El conjunto A corresponde a producciones de la Rioja y, tal vez, del valle medio del Ebro, mientras

que el conjunto B corresponde a producciones de la Meseta.

La individualización de una producción riojana es muy interesante, puesto que hasta ahora ha sido poco tenida en cuenta y, demasiado automáticamente se ha ubicado *a priori* el área de fabricación de la sigillata hispánica tardía en la Meseta, sin tener en cuenta otras posibilidades. Los estudios de Garabito y otros autores sobre las sigillatas hispánicas riojanas se han centrado casi exclusivamente en las producciones altoimperiales. Por otro lado, el mismo Paz ha tenido la posibilidad de estudiar y de traer a colación interesantes materiales inéditos que se conservan en el museo de Nájera, entre los cuales hay moldes. Los mapas de distribución del motivo decorativo 3 B/27 y otro similar al 3 B/28 de la tipología de López Rodríguez que se publican en las páginas 110 y 112 del libro demuestran que el área de expansión de estos motivos decorativos se extiende por el valle del Ebro, por lo que los centros de producción deben situarse en esta zona. La puesta en valor de la producción riojana tardía constituye otra interesante aportación del estudio de Paz.

La parte del libro dedicada a las sigillatas africanas es también muy interesante, pues permite documentar una variada gama de materiales en una zona geográfica donde hasta ahora eran prácticamente desconocidos, no por su inexistencia, sino por la falta de una investigación como la del estudio que estamos comentando. La mayor parte de los materiales han sido recuperados en Zaragoza, pero se han hallado también en Tarazona y Borja, además de otros lugares, lo que demuestra que las sigillatas africanas tienen una cierta distribución en el valle medio del Ebro. La sigillata africana A se constata en poca cantidad, a diferencia de las producciones C y D, lo que demuestra que a partir del siglo III se produce un aumento en la importación de estos materiales de la zona de Zaragoza.

En lo que se refiere a la sigillata africana D abundan las formas cerámicas de la segunda mitad del siglo IV y de la primera del V d. de J. C. (Hayes 59, 61 A y B, 67), pero se detectan también, aunque en menor cantidad, formas cuya producción se inicia en el segundo cuarto/mediados del siglo V (Hayes 87 B y 99) y ya a finales de la quinta centuria e inicios del siglo V (decoración estampada del estilo E I). La hipotética relación aludida por Paz con la supuesta crisis de la producción provocada por la invasión vándala del Norte de África a mediados del siglo V para explicar la menor presencia cuantitativa de la sigillata africana D a partir de dicha fecha, no creemos que sea la causa de dicho fenómeno (por otro lado, generalizado a todos los hallazgos de sigillata africana en la Península), puesto que no parece producirse (en contra de lo que han supuesto algunos autores) dicha crisis; en Tarragona se ha constatado un contexto arqueológico fechado en el segundo cuarto entrado del siglo V (TED'A, *Un abocador del segle V d. C. al Fórum provincial de Tarraco*, Tarragona 1989) con gran abundancia de sigillatas y ánforas africanas, por lo que está claro que no debió producirse la crisis antes citada, que es negada actualmente por algunos investigadores, como Tortorella.

Aunque sea en menor cantidad que las producciones de la fase anterior (lo que, como hemos dicho, es un fenómeno generalizado a toda España), la llegada a Zara-

goza de sigillatas africanas datables a partir del mediados del siglo V constituye un dato muy interesante, que demuestra la persistencia de la llegada de estos materiales al valle medio del Ebro. Muy remarcable es el hallazgo de un fragmento de la forma Hayes 105 que, si bien se halló en un estrato más moderno, demuestra la llegada, aunque sea esporádica, de sigillatas africanas a esta zona durante la última fase de su producción, a finales del siglo VI o inicios del VII d. de J. C. Ello permite documentarnos por primera vez la existencia en un área del interior de cerámicas africanas de cronología tan tardía, que hasta ahora se habían localizado en España solamente en yacimientos de la costa mediterránea; estos hallazgos, a los que se une ahora el de Zaragoza, contribuyen a documentar la continuidad de las importaciones africanas durante la segunda mitad del siglo VI e inicios del VII d. de C., *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española*, Madrid 1987, vol. II, pp. 337-344) en contra de lo propuesto por algunos autores (como Keay).

La abundancia de sigillatas africanas halladas en Zaragoza constituye una excepción en el interior peninsular, como bien señala Paz; es cuando menos sugestiva la hipótesis formulada por este autor, quien supone que la zona de Zaragoza constituye una especie de frontera comercial para estas producciones, dado que tanto en el valle alto del Ebro como en la Meseta la sigillata africana se ha detectado en muy escasa cantidad, aunque es cierto que nunca ha sido objeto en estas áreas de un estudio monográfico. A pesar de ello, y por los conocimientos actuales existentes sobre el tema, creemos atinada la propuesta formulada por Paz, aunque no debe entenderse la noción de «frontera comercial» en sentido estricto, dado que la sigillata africana, si bien en escaso número, se ha constatado, como hemos dicho, en la Meseta (por ejemplo, en *Complutum*).

La relativa abundancia de las sigillatas gálicas estampadas es también notable. Juan Paz opta por denominarlas «terra sigillata gálica tardía gris y anaranjada», lo que nos parece una denominación precisa y aceptable, mucho más ajustada que la denominación de «paleocristiana» que se le ha atribuido por Rigoir, o peor aún, como los denomina ahora la escuela francesa, DSP («dérivées des sigillées paléochrétiennes»). Si bien en parte estos productos pudieron llegar al valle medio del Ebro desde la costa y por vía fluvial, nos parece acertada la hipótesis de Paz que supone que al menos una buena parte de estos materiales llegaron por vía terrestre a través de los pasos pirenaicos. Como sucede en la mayoría de los casos conocidos en la Península Ibérica, la producción gris se constata en mucha mayor cantidad que la anaranjada.

Muy interesante, y también totalmente novedosa en lo que se refiere a yacimientos situados en el interior peninsular, es la presencia de cerámica del Mediterráneo oriental del tipo *Late Roman C* o *Phocaen Red Slip Ware* que, por su cronología, constituye una prueba más de la llegada de cerámicas importadas de origen mediterráneo al valle medio del Ebro a partir de mediados del siglo V; en este caso, se trata de un producto realmente exótico, localizado hasta el momento en España solamente en las zonas costeras, si bien en Portugal (en *Conimbriga* y Tróia) se ha constatado en cierta abundancia, habiéndose documentado incluso en la zona occidental de Gran Bretaña.

Aunque el objetivo del estudio de Juan Paz lo constituyen, como indica el título de la obra, las cerámicas de mesa, dicho trabajo recoge también un dato de gran interés para el estudio de la circulación monetaria en época tardorromana. En el contexto estratigráfico de las calles de Gavín y Sepulcro, en un estrato fechado a finales del siglo V o inicios del VI, se halló un conjunto monetario que indudablemente se encontraba, por sus características, en circulación en la época en que se formó el estrato. Estaba compuesto por monedas en su mayor parte del último tercio del siglo IV, correspondientes al tipo *Gloria Romanorum* y al módulo AE 2. Ello coincide plenamente con lo constatado en Tarragona, en el contexto del segundo cuarto del siglo V que hemos citado anteriormente; sería interesante conocer las cecas de origen de las monedas halladas en Zaragoza, lo que permitiría contrastarlas con las del contexto terraconense, que en su mayoría corresponden a la zona oriental del Imperio. Estos dos hallazgos, el de Tarragona y el de Zaragoza, permiten documentar la reutilización de los AE 2 de finales del siglo IV a mediados y finales del siglo V, dato hasta ahora desconocido (por falta de estratigrafías) y que esperamos que se compruebe con nuevos hallazgos.

El estudio de Juan Paz llena brillantemente un vacío en el estudio de las cerámicas tardorromanas en la que ha demostrado ser una zona geográfica realmente importante para el estudio de las mismas; la parte del trabajo dedicada a la sigillata hispánica tardía supera, como hemos dicho, el ámbito geográfico del estudio, convirtiéndose en una herramienta imprescindible para todos los investigadores interesados en el estudio de estas cerámicas. No queremos dejar de señalar el interés que tendrían el estudio de las ánforas y las lucernas tardorromanas, que complementarían el estudio de Paz y permitiría completar y conocer mejor el panorama de la distribución de las cerámicas de importación en el valle medio del Ebro durante el Bajo Imperio.

Ramón Járrega Domínguez
Dpto de Historia Antigua
Arqueología, CEH, CSIC

José María Álvarez Martínez: *Mosaicos romanos de Mérida. Nuevos hallazgos*. Monografías Emeritenses 4, Mérida, Ministerio de Cultura, 1990, 183 pp.

Desde que en 1978 el profesor A. Blanco Freijeiro publicara los *Mosaicos romanos de Mérida*, inaugurando así la colección «Corpus de Mosaicos Romanos de España» editada por el CSIC, nuevos hallazgos en la capital de la antigua Lusitania han ido dejando obsoleto aquel primer catálogo que, sin embargo, sigue siendo imprescindible como obra de referencia. Por este motivo, era de absoluta necesidad poner al día el catálogo de los mosaicos emeritenses, obra que por fin ha llevado a cabo el Dr. Álvarez Martínez, Director del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, al que felicitamos y agradecemos aquí el haber puesto en nuestras manos esta magnífica publicación.

El título del libro ya indica que no se trata de un mero catálogo, en el estricto sentido del término, aunque sí

lo sea la estructura que el autor ha seguido para darlos a conocer (Introducción, Catálogo, Figuras y Láminas). En la Introducción el Dr. Álvarez Martínez ofrece la historiografía de los mosaicos emeritenses y la metodología utilizada en su estudio. Al mismo tiempo hace un resumen del conjunto de los mosaicos catalogados, de los cuales 9 son figurados y 13 geométricos. Los 22 mosaicos han sido ordenados numéricamente (se echa en falta un índice) y en cada uno de ellos se dan los datos generales (núm. de inventario, lugar del hallazgo, dimensiones y características de las teselas), la descripción y el estudio, en donde se incluyen los paralelos y la cronología. La documentación gráfica, integrada por 12 dibujos a línea y 54 láminas en blanco y negro y en color, ocupa buena parte del libro, constituyendo un valioso complemento de la obra por su carácter documental y excelente calidad. Solamente destacar un error, imputable por supuesto a la imprenta, en la reproducción de la lámina 3 con la figura de Orfeo, que aparece invertida.

Sin desdeñar los mosaicos geométricos, tan importantes para la determinación de talleres como pueden serlo los figurados, el interés de la obra se centra, como es lógico, en los pavimentos con escenas narrativas que destacan por su gran variedad y contenido simbólico. Algunos de ellos ya habían sido dados a conocer recientemente por el autor, p. e. el mosaico de los Siete Sabios, núm. 13 (IV Coloquio Internacional sobre el Mosaico Antiguo, celebrado en Trier en 1984, y *Anas I*, 1988, pp. 99-120); el mosaico de la caza del jabalí por perros, núm. 10 (*Habis* 18-19, 1987-1988, pp. 591-600); o los mosaicos de Orfeo, núm. 1, 3 y 4 (V Coloquio Internacional sobre el Mosaico Antiguo, celebrado en Bath en 1987, y *Homenaje al Prof. A. Balil*, Guadalajara 1990, pp. 29-58). Otros ven la luz por vez primera, como el espléndido mosaico de *Marianus*, núm. 14; el báquico, número 16; el de Belerofonte y la Quimera, número 17; y los paneles dionisiacos del mosaico del Orfeo número 3.

Algunos de estos temas suponen una aportación más a los ya conocidos en Hispania: Orfeo, Belerofonte, escenas báquicas, nilóticas o de caza. Pero otros constituyen una auténtica novedad en la musivaria hispano-romana: la figura de la Victoria conduciendo al Auriga victorioso, los Siete Sabios y los luchadores de anfiteatro. Igualmente novedosa es la conjunción de ciertas escenas en un mismo pavimento: Orfeo con episodios dionisiacos, nilóticos, de lucha y de caza (núm. 3); temas de caza y de circo en el mosaico de *Marianus* (núm. 14), combinación que se encuentra también en las pinturas emeritenses de la calle Suárez Somonte y, fuera de Hispania, en el mosaico tunecino de Djemila en donde ambas escenas, de similar contenido simbólico, han sido bien analizadas por K. M. D. Dunbabin (*The Mosaics of Roman North Africa*, Oxford 1978, p. 76) como expresión del poder del *dominus* y como exaltación de la idea de victoria o de *virtus*.

Asimismo novedoso es el tratamiento iconográfico de algunos temas: Sileno montado sobre el asno, iconografía que en Hispania sólo era conocida, como muy bien señala el autor, en un pavimento de la Casa de los Surtidores de Conimbriga y en otro de Itálica, ambos del siglo III; ciervos acosados por perros y conducidos a través de la *fordo* (detalle que parece ser de exclusividad

hispanica, ya que también aparece en el mosaico del Auriga de Conimbriga y en el friso de la cacería de Mausoleo de Centelles y, por el contrario, no se detecta en los numerosos mosaicos de caza p. e. del N. de África) hacia una red que no se ha conservado, escena que nos recuerda muy de cerca a la del Antiquarium Comunale de Roma, paralelo que entre otros tampoco ha escapado el Dr. Álvarez Martínez.

Aunque las escenas dionisiacas son abundantes en la musivaria hispano-romana, destacamos los fragmentos pertenecientes al mosaico número 16, en uno de los cuales el autor cree poder reconocer la figura de Ariadna. Acertada es asimismo la identificación que hace del panel inferior del mosaico de los Siete Sabios, como la representación del episodio de «la cólera de Aquiles» sobre cuyas funestas consecuencias deliberan los sabios en el *symposion*.

Como puede apreciarse a través de toda la obra, el autor no se ha limitado a presentar escuetamente los nuevos hallazgos de Mérida, sino que con sus grandes conocimientos de la musivaria romana y su dominio del arte clásico nos ha dado una lección de lo que puede y debe ser un catálogo. Y ello es aún más meritorio en una persona que, por su cargo de Director del Museo, está obligada a múltiples compromisos. Pero el Dr. Álvarez Martínez ha sabido compaginar con gran maestría la labor docente del Museo, organizando cada año ciclos de conferencias y cursillos monográficos de amplia repercusión, y al mismo tiempo proyectar su formación académica e investigadora en beneficio de todos.

No queremos finalizar esta reseña sin destacar otras importantes aportaciones que el autor hace en este libro. Por un lado, el análisis petrográfico de las teselas que permite determinar la procedencia autóctona de los materiales empleados. Por otro, la valoración de los restos arqueológicos hallados en los sondeos para el establecimiento de la cronología de los mosaicos.

A lo largo del estudio es posible detectar aquellos aspectos que preocupan seriamente al autor. Uno de ellos es el alejamiento de la manida influencia africana en los mosaicos hispanos. Álvarez Martínez se inclina más por la existencia de un *koiné* cultural mediterránea en el Bajo Imperio a través de unas relaciones recíprocas. El otro atañe al establecimiento de talleres emeritenses, tema que no ha podido abordar en este trabajo, pero que no desecha realizar en un futuro próximo. Sería el momento de revisar el Corpus del Prof. Blanco, que por desgracia él personalmente ya no puede hacer, y conjuntar los antiguos mosaicos con estos nuevos y con otros que no se guardan en el Museo de Mérida. Animamos desde aquí a J. M. Álvarez Martínez para que aborde esta ardua pero interesantísima tarea, con el rigor científico que le caracteriza, porque supondrá una gran aportación no sólo a la musivaria hispana, sino también a la de todo el Imperio romano.

Guadalupe López Monteagudo

Departamento Historia Antigua y Arqueología

C.S.I.C.